

Campesinos ecuatorianos frente a la revolución verde

Jorge Loor*

Seguro Social Campesino, Ecuador

Un saludo a cada una de las delegaciones que nos acompañan en este evento. Un saludo de quienes somos del campo y particularmente del Seguro Social Campesino y un saludo especial para el Movimiento Sin Tierra de Brasil, organización que está desarrollando un trabajo espectacular en aquel gran país, que creemos es la esperanza del continente.

En la década de los setenta, los países del mundo se reúnen y analizan la problemática alimentaria del mundo. Ellos observaron un déficit fuerte en la producción de alimentos y pensaron que había que tomar una decisión que permitiera mejorarla. En el Ecuador —y yo entiendo que en todos los países— se establece lo que denominaron la revolución verde, que no era otra cosa que la introducción de nuevas tecnologías en el campo para aumentar la producción y resolver el problema alimentario del mundo.

En nuestro país, y en particular en Manabí, de donde yo soy, se introduce desde entonces lo que le llamamos los agroquímicos: insecticidas, fungicidas, nematicidas, los distintos abonos y también los quemantes de maleza. Todo este bagaje de tecnología que se introduce fue impulsado desde el estado. En Manabí, se coordinaban todas las instituciones de desarrollo como era el Ministerio de Agricultura y Ganadería MAG, el Centro de Rehabilitación de Manabí CRM, y el Instituto de Reforma Agraria IERAC, que era el que tenía que ver con la tierra, apoyándose en un equipo técnico cuyo objetivo era introducir todos estos agrotóxicos, tratar de cambiar la mentalidad del agricultor normal que sembraba en base a la naturaleza, lo que la naturaleza pudiera darle. Desde entonces, en una forma paulatina, fueron introduciendo esta tecnología, priorizando las zonas donde la agricultura es intensiva, donde se siembra todo tipo de cultivos de ciclo corto. Había resistencia en muchos sectores para poder admitir este conocimiento. Sin embargo, como todo plan, usaban hábiles estrategias: hacían días de campo y jornadas demostrativas, a las que invitaban a los agricultores para que se dieran cuenta de que la tecnología tenía éxito porque la producción era mejor. Los productos salían super sanitos, no salían lastimados de ningún insecto. Todas estas estrategias hicieron que la gente fuera paulatinamente asimilando esta enseñanza.

Como dije inicialmente, el estado intervino con fuerza, apoyado por organismos internacionales, que eran los que venían con financiamiento y asesoramiento para los técnicos nacionales, y de esa manera nos involucraron en una dependencia permanente con los fabricantes e importadores de todos estos productos.

A partir de los ochenta, se introduce en el país el modelo de «modernización» del estado, lo que se traduce en la reducción de su potestad de apoyar directamente a las áreas productivas, particularmente

* SEGURO SOCIAL CAMPESINO - José Palomino 267 y Rita Lecumberri - Quito - Telefax: 593 2 580169.

las que producen para el consumo interno. Y como la capacitación para el uso de agroquímicos no fue completa, desde entonces los agricultores son abandonados a su propia suerte, a merced de los importadores y de los distribuidores de plaguicidas. Y como ustedes saben, las generaciones pasan, muy poca gente recibió el conocimiento de cómo deberían aplicarse los plaguicidas; las generaciones posteriores ya no recibieron esa orientación y ahora tenemos una agricultura de desastre en todos los valles donde se produce ciclo corto intenso. Sucede que todos los insectos buenos han desaparecido, los insectos que viven de insectos, los que defienden las plantas; y han aparecido plagas nuevas como una que se denomina la mosca blanca, que es como la maldición para el agricultor. No hay plaguicida que le pueda combatir y si sale alguno que dice que puede destruir esta plaga, tiene un costo imposible de solventar: está por los 300.000; para preparar 100 litros de agua, y con esa cantidad alcanza sólo para una pequeña superficie. Entonces resulta que los costos de producción se incrementan de una forma inalcanzable, lo que ha hecho que los agricultores pequeños en muchas zonas hayan quedado inviables por la imposibilidad de tener créditos del estado. Por otro lado, la tierra y el medio ambiente se acostumbraron al uso de los agroquímicos. Ahora, si se siembra una semilla sin los plaguicidas, se está condenado a perder toda la cosecha. Además, ahora dependemos también de las semillas: casi todas las semillas nativas desaparecieron y dependemos de las importadas.

Los costos inalcanzables de la producción agrícola han afectado sobre todo al pequeño agricultor, particularmente al que produce para el consumo interno. A mí me parece que es parte de un plan diabólico, porque nos condenan a la dependencia: primero hacen que el estado promueva la utilización de agroquímicos, y luego dejan al agricultor a su propia suerte. Con eso ganan por partida doble: por un lado, lo poco que generan los agricultores tienen que entregarles a las transnacionales que producen los químicos; y por otro lado, van eliminando al agricultor pequeño y se van apropiando de la tierra los que tienen plata; es decir es una forma de apropiación de la tierra. El agricultor renuncia a la actividad y migra a las ciudades; abandona la agricultura por la imposibilidad de hacer esta actividad. Entonces no se ha cumplido la tal revolución verde, que quería resolver el problema alimentario del mundo: ahora hay más hambre que nunca; el efecto ha sido el contrario de lo que se promulgó. Tenemos una naturaleza destruida, que va a costar mucho tiempo recuperar; si la promoción de los agroquímicos llevó muchos años, la corrección de sus secuelas va a llevar mucho más tiempo.

Hemos perdido la soberanía alimentaria, porque hemos perdido nuestras semillas propias, que estaban adaptadas al ambiente y eran controladas por la naturaleza misma. Las semillas nuevas que se introdujeron van acompañadas de un paquete tecnológico que incluye insecticidas, abonos, herbicidas, etc.; sin todos estos productos no se pueden sembrar estas semillas, porque simplemente no dan nada. Al desaparecer las semillas propias nuestras, perdemos la capacidad de producir autónomamente, y nos volvemos dependientes para todo el proceso productivo. Y lo que es peor, los agricultores no son conscientes de los peligros de manipular los plaguicidas. Mucha gente fumiga y hace los controles fitosanitarios desnuda o con pantalones cortos, por más peligroso que sea el plaguicida que esté aplicando. Por lo tanto hay una mortandad enorme de la población, del agricultor que trabaja y también de los consumidores. ¿Por qué de los consumidores? Porque no se respetan los plazos para evitar la presencia de residuos en los productos. Se fumiga y se cosecha inmediatamente, y se vende la fruta, la planta o el producto lleno de tóxicos. El consumidor no sabe lo que está llegando a su mesa, simplemente se está tragando el veneno. Como consecuencia, en la población del campo y la ciudad han aparecido un sin

número de enfermedades que los médicos mismos no entienden: cáncer a temprana edad, en ambos sexos, en niños.

¿QUÉ ESTAMOS HACIENDO?

Al final de los ochenta, apareció la broca, que es un insecto que barrena el grano del café. En Manabí, los cafetales de la zona alta son cultivos sanos donde nunca se introdujo esta otra tecnología, son cafetales naturales. Cuando aparece ese insecto, se hizo una campaña enorme con plata del estado para combatirlo con plaguicidas. Entonces, nos dimos cuenta de que usar estos productos en las zonas altas era mucho más peligroso que en los valles, porque los cafetales están asentados donde nacen los ríos, las aguas se contaminarían y no quedaría prácticamente un ser vivo en los ríos. Entonces una organización que se llama UPOCAM, de la que soy parte, promovió oponerse a la introducción de estos químicos. Hicimos un gran movimiento, creamos el Frente de los Cafetaleros e impedimos en aquel tiempo la

introducción de insecticidas en los cafetales, y hasta ahora los cafetales no se fumigan. Y peleamos también para que mejore el precio del grano, que también se había venido en esos tiempos al piso; prácticamente no valía nada el quintal de café y comenzamos a pelear para que a los cafetaleros se les pagara un mejor precio y logramos también aquel objetivo. Y de ahí hacia acá también hemos implementado los huertos integrales, en donde comenzamos a demostrar que es posible recuperar la agricultura sana, la agroecología. Y hay otros organismos que están trabajando en la provincia, y en varias partes del país pero solamente con respaldo externo; todavía no con respaldo nacional, porque el estado nos ha dejado abandonados.

Entonces sí hemos avanzado. No es todavía lo suficientemente como para enfrentar a ese monstruo, pero hay una conciencia grande de que se puede ir recuperando paulatinamente la agricultura sana, la agroecología.

